

ESCENA XIV

SANTIAGO y PÉREZ, *de la casa.*PÉREZ.—(*Alegre.*)—¡Señorito!SANTIAGO.—(*Brusco.*)—¿Qué?PÉREZ.—(*Descconcertado.*)—¿No se acuerda usted de mí?

SANTIAGO.—No.

PÉREZ.—Soy Pérez... ¡Es imposible que haya usted olvidado mi apellido!

SANTIAGO.—¿Qué desea usted?

PÉREZ.—¿Pero no me conoce? Soy Pérez, el de las tres pes, señorito; Pe... pe... Pé... rez. ¿No recuerda usted?

SANTIAGO.—No.

PÉREZ.—El que llevaba las cartas para doña Isabelita...

SANTIAGO.—Yo no he escrito a ninguna Isabel.

PÉREZ.—¿No?

SANTIAGO.—No.

PÉREZ.—¿No es usted el señorito Santiago Valle?

SANTIAGO.—No.

PÉREZ.—Entonces puede que yo tampoco sea Pérez.

SANTIAGO.—Usted sí puede serlo.

PÉREZ.—¿No quiere usted que le conozca? Perdone... perdone...

(Alejándose.)

Perdone.

SANTIAGO.—No hay de qué.

ESCENA XV

DICHOS: FERNÁNDEZ, *de la casa, con una cestita.*

FERNÁNDEZ.—El oficial de vigilancia, ¿por dónde estará, Pérez?

PÉREZ.—No anda, Fernández.

FERNÁNDEZ.—¿Es aquel que está parado?

PÉREZ.—Aquél.

(Mutis por la casa.)

ESCENA XVI

SANTIAGO, FERNÁNDEZ, SARGENTO, *por el foro.*

FERNÁNDEZ.—Señor oficial, la señora le manda esta cestita con unos fiambres y un bote...

SANTIAGO.—Que le agradezco mucho. Y llévesela usted otra vez.

FERNÁNDEZ.—¡Es de parte de la señora!

SANTIAGO.—De parte de la señora es el envío, de parte mía la devolución. ¿Se ha enterado usted?

FERNÁNDEZ.—¿Pero es que no acepta?

SANTIAGO.—No. Ya he cenado.

FERNÁNDEZ.—Es muy temprano.

SANTIAGO.—Yo ceno por la tarde.

FERNÁNDEZ.—No lo sabía...

SANTIAGO.—Y que lo agradezco mucho.

FERNÁNDEZ.—Se lo diré también, pero dudo que lo crea.

SANTIAGO.—Esa es cuenta suya.

FERNÁNDEZ.—Buenas noches y... usted dispense.

SARGENTO.—(*Al pasar a su lado.*)—¡Déjala por ahí olvidada.

FERNÁNDEZ.—(*Defendiendo la cesta.*)—¡Quita!

SANTIAGO.—¿Qué es eso?

SARGENTO.—Que nos saludamos.

SANTIAGO.—(*A Fernández.*)—Siga usted su camino.

(*Mutis Fernández por la casa.*)

ESCENA XVII

SANTIAGO y el SARGENTO.

SARGENTO.—Mi capitán, por la tierra suceden cosas que le llegan a uno muy a lo vivo... y una de ellas es el verle a usted tan espachurrao.

SANTIAGO.—Te equivocas.

SARGENTO.—Con permiso de usted, no me equivoco. Yo no sé por qué será lo suyo, pero a mí me pasó una vez con una perra...

SANTIAGO.—Déjate ahora de animales.

SARGENTO.—Con una perra mujer, mi capitán.

SANTIAGO.—Pues déjate de mujeres.

SARGENTO.—Eso no, mientras viva.

SANTIAGO.—Y calla, que no estoy para historias.

ESCENA XVIII

DICHOS: PÉREZ, *con una cestita, de la casa.*

PÉREZ.—Señorito...

SANTIAGO.—(*Malhumorado.*)—¿Qué?

32835

PÉREZ.—Señorito que no es Santiago Valle, ¿quiere usted hacerme el favor de aceptar?

SANTIAGO.—Ya he dicho que no. Llévase la con mil pares de demonios.

SARGENTO.—¡Arrea! Mil y pares, ¡que son dos mil! Ya podrán bien con una cesta!

PÉREZ.—No es la de antes, ni tiene lo de antes. Es lo que me dieron a mí para la cena. Un trocito de carne asada... un riojilla regular...

SANTIAGO.—Tráelo, José, tráelo.

(Abrazándole.)

Que lo tuyo y contigo si lo parto.

PÉREZ.—¡Gracias a Dios que nos conocemos, señorito!

SANTIAGO.—Siéntate; tomaremos un bocado.

PÉREZ.—Déjeme usted servirle, que para mí es un honor y una alegría y una...

(Queriendo besarle la mano.)

SANTIAGO.—*(Impidiéndoselo.)*—¡No seas bobo!

PÉREZ.—Por esas bobadas, antes había servidores, es decir, amigos, y ahora no hay más que amos y criados, es decir, enemigos.

SARGENTO.—¡Este Pérez es de primera!

SANTIAGO.—Sargento, ¿un trago? Por la botella, hombre, ¿qué más da?

SARGENTO.—*(Se ponen finos... y tiene uno que beber menos. Pero siempre bebemos algo.)* Muchísimas gracias. Me gustaría a mí una temporada de guarnición en esta casa... Y yo no me puedo quejar de ningún lado...

SANTIAGO.—¡Basta! Todo el mundo a dormir, que hemos de madrugar. Pida mi capote. Y silencio en los hombres.

SARGENTO.—Yo lo traeré, mi capitán. Ya sabe uno que no es su obligación. Pero cuando se portan bien con uno, a uno le da gusto servir a uno. Calcule usted lo que sería el gusto de servir a una...

SANTIAGO.—Muchas gracias, y anda ya.

(Mutis Pablo por el foro.)

PÉREZ.—*(Que recoge la cesta.)*—Buenas noches, señorito Santiago.

SANTIAGO.—Buenas noches, José.

PÉREZ.—¿No entrará usted?

SANTIAGO.—No. ¡Ni digas tú que estoy aquí!

PÉREZ.—Si usted supiera...

SANTIAGO.—No quiero saber nada.

PÉREZ.—Pues, buenas noches...

(Mutis por la casa.)

ESCENA XIX

SANTIAGO; SARGENTO, *por el foro. Después*
ISABEL, *de la casa.*

SARGENTO.—(*Ayudando a poner el capote.*)—
No hace frío ninguno.

SANTIAGO.—Si yo lo siento es igual que si lo
hiciera.

SARGENTO.—Me convenció usted con lo igual.

ISABEL.—Sargento... ¿El señor oficial de vi-
gilancia?

SARGENTO.—Ese es.

ISABEL.—¡Señor oficial!

(*Santiago se estremece y queda*
inmóvil de espaldas.)

Señor oficial...

(*Santiago se vuelve hacia ella*
cuadrándose y saludándola mili-
tarmente.)

Mis criados han debido cometer alguna torpe-
za cuando usted rechaza un obsequio, ofrecido
con buena voluntad, y que todos sus compañe-
ros no vacilaron en aceptar.

(*Sonriendo.*)

Esa mano, señor oficial; ya estoy saludada.

(*Santiago baja la mano, pero si-*
gue cuadrado.)

Y para desvanecer esa molestia, si la hubo,
vengo yo misma a suplicarle, a rogarle que
acepte una copa de champagne.

(*Santiago niega con la cabeza.*)

¿No? ¿Por qué?

(*Pausa: enojada.*)

¿No merezco la cortesía de una respuesta?

SANTIAGO.—(*Volviéndose hacia la derecha.*)—
¡Sargento!

(*Isabel, sin mover los pies, ade-*
lanta el busto como para ver más
de cerca, turbada por el acento de
aquella voz que le tornó a re-
cuerdos.)

SARGENTO.—(*Acudiendo presuroso.*)—¡Mi
capitán!

(*Recogiendo el capote que San-*
tiago se quita con calma.)

Ya le decía yo a usted que la noche no estaba
para tanto abrigo.

(*Al gesto de Santiago se retira,*
foro izquierda. Al pasar, aparte
a Isabel.)

(Animele usted, señora, que este hombre está muy desanimado.)

(Mutis.)

ESCENA XX

ISABEL y SANTIAGO

SANTIAGO.—(*Volviéndose hacia ella.*)—Perdone usted.

ISABEL.—(*Con angustia y alegría a la vez.*)—¡El teniente Santiago Valle!

SANTIAGO.—No, no; el capitán. En eso he cambiado.

ISABEL.—Ya sabe usted bien lo que digo al llamarle el teniente.

SANTIAGO.—(*Secamente.*)—Pues no lo sé.

ISABEL.—(*Suplicando.*)—¡Santiago!

SANTIAGO.—(*Saludando militarmente.*)—¿Señora?

ISABEL.—¡Santiago!

(*Incomodada.*)

Baje usted la mano de una vez, que no soy un jefe, ni una autoridad: no soy más que una mujer.

SANTIAGO.—Por eso la respeto tanto, que yo no sé de cosa alguna que lo valga más... aun cuando ustedes mismas se propongan que no haya cosa alguna que lo valga menos.

ISABEL.—¡Eso es una ofensa!

SANTIAGO.—Perdón, entonces; yo no quise que fuera más que un recuerdo.

ISABEL.—¡Peor aún!

SANTIAGO.—Lo será si usted lo dice. Pero a eso no le veo remedio, ni está en mi poder el modificarlo.

ISABEL.—¿Si yo le jurase a usted que hay un error, una mala inteligencia entre nosotros?... ¿Si yo le jurase a usted, Santiago?

SANTIAGO.—No me sorprendería. Ya empleaba usted antes los juramentos y es de suponer que los habrá usted perfeccionado.

ISABEL.—¿Y creerme?

SANTIAGO.—También.

ISABEL.—(*Con alegría.*)—¿Sí?

SANTIAGO.—También. Los hombres tenemos la obligación de creerlas a ustedes, porque de otra manera no podrían engañarnos y dejaría de cumplirse la misión que trajeron las mujeres a este mundo.

ISABEL.—¡Santiago! ¡Santiago!

SANTIAGO.—Por mi parte ya he contribuido espléndidamente a que esa misión se cumpla. No estoy obligado a más.

ISABEL.—¿No creerá usted ya nunca en mí?... Está usted ofendido conmigo...

SANTIAGO.—Y sin razón, ¿verdad?... Yo la quería a usted... Usted no me quería; pero lo juraba, que aún es más. Yo sigo soltero; usted se ha casado. Ponga usted todos los motivos que tenga por conveniente, todos, absolutamente todos, y el fin será el mismo siempre. Usted, de otro; yo, ni de usted, ni mío si quiera.

ISABEL.—Es usted injusto, a sabiendas, diciéndolo hoy; hace cuatro años que soy viuda.

SANTIAGO.—*(Frlamente.)*—¿Supongo que en eso no tendré nada que agradecerle a usted?...

ISABEL.—¡No! Pero ese matrimonio, en que tan desgraciada fui, no puede usted echármelo en cara, Santiago, porque la culpa...

SANTIAGO.—Un momento. Desde que nos apartamos, tengo todas las felicidades apetecibles, todas. Sólo me falta una. ¿Me permite usted completarlas?... ¿Me permite usted que la culpa sea mía?...

ISABEL.—*(Despreciativa.)*—Sí.

SANTIAGO.—Gracias. Ahora las he reunido todas.

ISABEL.—Pues buenas noches ya.

(Marcha y se detiene, desdeñosa y algo burlona.)

Toda la oficialidad, en su inmensa mayoría desconocidos, honrarán mi casa. Señor oficial de húsares, señor capitán Valle: como a ellos, le invito a usted.

SANTIAGO.—No.

ISABEL.—Podrá usted pasar una hora o dos algo más distraído. Le invito a usted... como a ellos.

SANTIAGO.—No.

ISABEL.—¿Es desprecio?

SANTIAGO.—Después de otras muchas cosas, eso es. Yo no entraré en su casa.

ISABEL.—¡Cinco minutos!... Beber un sorbo de champagne... como los demás, y dar una vuelta de baile... con los demás...

SANTIAGO.—No. Si entrara sería para divertirme igual que todos.

ISABEL.—Eso es mejor. Le invito a usted a eso.

SANTIAGO.—Sería además la prueba de que

usted no me preocupaba ni mucho, ni poco, ni en bien, ni en mal... y en ese caso, como usted, físicamente es tan codiciable, daría yo una señal de buen gusto empezando por cortejarla a usted.

ISABEL.—¿Cortejarme usted?... Cuánto honor.

SANTIAGO.—No entraré en su casa, más que llevándome a rastras.

ISABEL.—No hay cuidado: tranquilícese usted.

SANTIAGO.—Pero si llego a poner los pies en su casa, le doy a usted mi palabra de caballero de que será para obedecerla...

ISABEL.—(Burlona.)—Gracias.

SANTIAGO.—Para admirarla y para cortejarla; qué usted lo merece bien...

ISABEL.—(Nerviosa.)—Gracias.

SANTIAGO.—De quienes la conozcan mal.

ISABEL.—(Secamente.)—Gracias.

(Marcha decidida; pero en la puerta flaquea su ánimo y volviéndose amorosa.)

Cinco años hacía que no cruzábamos la palabra desde aquella noche... ¿Se acuerda usted, Santiago?

SANTIAGO.—No.

ISABEL.—Era una noche así, de luz en el cie-

lo, como la de hoy, pero en la tierra fué muy distinta. Fué noche de amor y de promesas y de esperanza... ¿Se acuerda usted, Santiago?

SANTIAGO.—No.

ISABEL.—Yo sí...

(Resignada.)

Contra la muerte y contra el olvido no hay lucha... Adiós.

SANTIAGO.—*(Saludando militarmente.)*

Adiós, señora.

(Continúa inmóvil, sin bajar la mano hasta que Isabel, que le mira suplicante, vuelve la espalda y marcha hacia la izquierda.)

¡Sargento! ¡Sargento!

ESCENA XXI

DICHOS: *el SARGENTO, por el foro.*

SARGENTO.—*(Al pasar al lado de Isabel.)*—¿Le animó usted?

SANTIAGO.—¡Sargento!

SARGENTO.—*(Rápido.)*—¿Mi capitán?

SANTIAGO.—El capote.

SARGENTO.—¿Se ha vuelto usted a enfriar?

SANTIAGO.—Por lo visto.

(El Sargento se aleja por el foro.)

ISABEL.—*(Volviéndose en la puerta y suplicándole.)*—¡Santiago!

SANTIAGO.—*(Saludando militarmente.)*—¡Señora!

ISABEL.—*(Rabiosa.)*—¡Buenas noches!

(Mutis.)

SANTIGO.—*(Indiferente.)*—Buenas noches.

(El Sargento le ayuda a ponerse el capote. Santiago se sube el cuello y se arrebujá bien.)

SARGENTO.—*(Indignado.)*—¿Quiere usted una manta además?

SANTIAGO.—¡No!

(Secamente.)

¡Vete!

(Sargento mutis lento, rabioso; Santiago pasea.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un saloncito, profusamente iluminado, que se supone al lado del salón grande, en donde se celebra el baile. Es de noche. Las señoras, escotadas. Los hombres, de uniforme o de frac.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA y JULIA, *sentadas.*

CONDESA.—¿También tú escapas del bullicio enorme del salón?

JULIA.—También. Llevamos dos horas bailando sin parar.

CONDESA.—Hay más hombres que mujeres, y de uno en otro no nos dejan un minuto.

JULIA.—Ya nos dejarán...

CONDESA.—Seguramente. ¿Has hecho conquista?

JULIA.—Dos.

CONDESA.—Es bastante.

JULIA.—¿Y tú?